

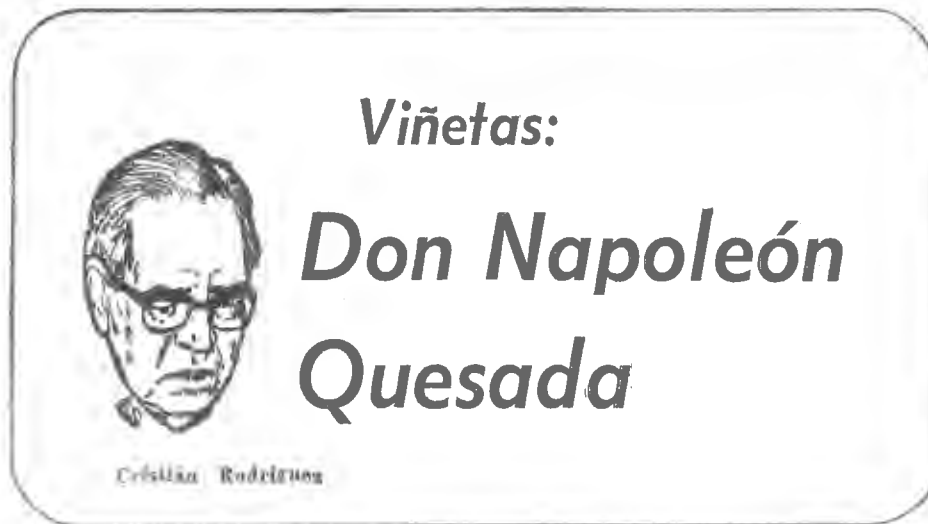
Cuando fue nuestro profesor de Castellano en el Liceo de Costa Rica en 1910 (y luego en los dos años subsiguientes hasta 1912) era relativamente joven, pues contaba apenas 37 años de edad. Aparentaba, empero, más años, a causa en parte de su circunspección y en parte de su imponente indumentaria, pues vestía lo que entonces se llamaba "paleto (palto) una especie de chaqué, pero cuyos falzones, por delante, eran cuadrados. Usaba siempre bolero (bombín) negro. El bigote era corto y arqueado, y don Napoleón tenía la costumbre de retorcerlo por uno de los lados, dando la impresión de que lo mascaba. A veces se dejaba crecer la mosca. El resto de la cara la llevaba relativamente desperdido como si se afeitara con tijeras. Inclina la cabeza ligeramente hacia la derecha y al caminar tenía un cierto vaivén típico, que permitía remedarlo fácilmente. Uno de los compañeros, Pilelo (Alfredo Mora Padilla), que tenía muy buen humor y que aunque provocaba con frecuencia la risa con sus salidas y ocurrencias cómicas, cuando el profesor lo miraba ponía una cara rígida, de inocencia, de modo que el profesor nunca podía adivinar quién alborotaba la clase. Yo aprendí de Pilelo a imitar el andado a don Napoleón, lo mismo que su manera especial de hablar, con estudiada claridad y rodando la erre a la manera de un actor shakespeareano.

Don Poloncho, como le llamábamos en privado, era una verdadera enciclopedia andante, pues sus conocimientos no se limitaban a la gramática y a la filología, sino que abarcaban campos tan dispares como eran la Cosmografía, la Cosmología, las Matemáticas, la Geografía e Historia y se especializaba desde luego, en Gramática y Ortología.

Repudiaba el empleo de "meticuloso" alegando que significaba "miedoso" o "medroso", del latín, *metus*, miedo. Ahora la Academia ha aceptado la acepción inglesa. Sostenía que "incluso" era un adjetivo, y por lo tanto, tenía género y número, y no podía aceptarse como invariable, es decir, como adverbio, con el significado de "inclusive". Hoy "incluso" se emplea solamente como adverbio. Era enemigo del empleo de los verbos intransitivos, como si fueran transitivos. ¿Qué diría don Napoleón de la jerga actual en la que se abusa, por ejemplo, del verbo "vivir", dándole complemento directo? Ahora no decimos "pasó un mal rato", sino "vivió un mal rato", u otra barbaridad por el estilo. Con todo admitía que pudieran tomarse esas libertades en poesía, y respecto del empleo del verbo "llorar" que es neutro o intransitivo, citaba de un poema de Julio Flores "Buscadores de orquídeas":

"llora su irreparable desventura con odorantes gotas de rocío..."

Muchas personas creían que don



Napoleón era ramonense por proceder de esa región su familia. Pero en realidad nació en San José. Su segundo apellido era "Salazar", por lo cual algunas personas creían que era de ascendencia sefardí, lo que corroboraría su inquietud y curiosidad mental, como factor racial. Don Napoleón probablemente pertenecía a la tribu de los Quesada que fundaron la Villa de San Carlos (ahora "Ciudad Quesada").

Desde muy temprano de su vida abrazó la carrera docente en la que tanto se distinguió. Fue inspector de escuelas y Ministro de Educación en la segunda administración de don Ricardo Jiménez.

Su labor de pionero, por la que siempre se le recordará, fue la preparación del "Silabario Costarricense", que se publicó en 1901 y que yo estrené al entrar a la escuela en 1904. Ese silabario, en mi concepto el mejor de todos, fue el modelo, sobre el cual se hicieron todos los posteriores, algunos de los cuales se usan actualmente en la enseñanza de la lectura. Está todavía por escribir la génesis de esa admirable cartilla que desterró al anticuado método de deletreo, con el cual inicié mi aprendizaje de la lectura y que padecí durante algunas semanas, cuando era de edad preescolar. En ese silabario se presentaron algunos problemas, especialmente por el hecho de que el mismo don Napoleón decía que la be era labial, mientras que la uve, era labiodental, lo cual no es cierto, pues en ninguna época en la historia del romance castellano la uve ha tenido el sonido que existe, sin embargo, en portugués, italiano, francés e inglés. Otra dificultad práctica la ofrecía la enseñanza de la pronunciación de la zeta, que en América no se diferencia del sonido de la ese, esto es, que en América aceptamos como correcto el seseo, en vez del ceceo.

Cuando tuve el gusto de conocer a don Napoleón, su personalidad me era familiar por el Silabario. Sin embargo, ya en la época en que estudiaba la lectura en el Silabario referido, mi escepticismo comenzaba a crearle dificultades. Hacia el final del Silabario, en la sección de lectura corrida, había un pequeño poema, "El peral", que no sé si lo había compuesto don Napoleón o lo tomó de otro autor. Decía:

¡Qué linda en la rama
la fruta se ve!
si lanzo una piedra
tendrá que caer.

El maestro de primero B don Otaniel Vega (no se trataba de otro primer grado, sino de un primer grado complementario que tuve que cursar por haber entrado al primero grado A, cuando no cumplía los siete años sino al final del año) sostenía con lógica natural que al lanzar la piedra se cortaba la fruta por el pedúnculo y caía. Pero yo sostenía que lo que tenía que caer era la piedra que se había lanzado, pues no se había relacionado la pedrada con la fruta y lo único que el poema declaraba era que la fruta lucía muy linda.

El anecdotario de don Napoleón era muy vasto y si me pusiera a citarlo no acabaría de hacerlo en este artículo. Me limitaré a contar lo que ocurrió en un examen marciano, varios años después de haber salido yo del Liceo que continuaba visitando acaso por aquello de que "el criminal tiende siempre a volver al sitio del crimen". El tribunal que examinaba a los aplazados constaba, para los exámenes de Castellano, de don Napoleón, don Justo A. Facio (que era el director entonces), don Elías Leiva Qui-

rós y don Omar Dengo, el más joven de los profesores.

El tribunal estaba cansado de examinar aplazados y por lo tanto, deseoso de acabar con esa tarea y aprobar al examinando, si cabía, pero inclinándose a la benignidad.

El examinando a que me refiero era un joven corpulento y rosado, bien apuesto. No mencionaré su apellido pues sería fácil de identificarlo, y no es mi deseo hacerlo.

Para facilitarle la tarea al alumno, el tribunal le dio a leer la parábola del buen samaritano; que aparecía en el libro de lectura de don Roberto Brenes Mesén:

Yendo un viajero de Jerusalén a Jericó se encontró con una banda de ladrones que lo atacaron y lo dejaron todo maltrecho a la vera del camino. Pasó un sacerdote, lo miró y siguió su camino. Pasó un levita e hizo lo mismo. Pasó finalmente un samaritano...

"Dígame usted —intervino creo que don Elías— qué es un levita". El alumno miró a su alrededor y no dijo nada. El tribunal insistió en que diera respuesta a la pregunta. El examinado continuaba mudo. Por fin rompió su silencio y dijo tímidamente: es uno que usa un vestido como el de don Napoleón. Los examinadores soltaron la risa, pero no se dieron por vencidos en su afán de que el examinado se aprobara. Don Napoleón dijo: "Dígame, joven, algún derivado de "agua".

Sin titubear en esta ocasión dijo el interrogado muy orondo "gotera".

Don Napoleón perdió entonces su habitual paciencia y le dijo: "Usted, joven, es una arca cerrada".

Cuando visité el país en 1929 y estuve una temporada en él, fui a ver a mi antiguo profesor, que vivía, si no estoy equivocado hacia el sur del barrio Luján. Lo encontré muy atareado decorando un altar de Corpus. "Don Na-po-león" — le dije estupefacto. Conque adornando un altar". "Hay que hacer concesiones a la tradición—", me contestó, y me dejó aplastado.

Cuando murió don Napoleón, en 1938, a la temprana edad de 65 años, me ocurrió algo que los aficionados al misticismo habrían considerado un presentimiento o "premonición". Soñé que conversaba con el profesor Quesada y le preguntaba por qué una persona tan bien dotada y de reconocido talento literario no había compuesto obras de más aliento y lo invitaba a que escribiera alguna novela. Yo casi nunca recuerdo los ensueños, pero esa vez me dejó una impresión tan viva que decidí escribirle al respecto. No me contestó ni podía haberlo hecho porque cuando llegó mi carta ya había muerto. No pude comprobar si la fecha de su fallecimiento había coincidido con la de la noche que tuve el sueño referido, y no puedo decir si lo que relato puede clasificarse como "premonición" o si fue una simple coincidencia.